

**LA ARQUITECTURA COMO ARTEFACTO**

**De la relación de la arquitectura con la naturaleza**

PUBLICADO EN

Principia Architectónica. Mairera Libros. Madrid, 2012

## LA ARQUITECTURA COMO ARTEFACTO

### De la relación de la arquitectura con la naturaleza

Intento ahondar aquí en cómo la Arquitectura es algo artificial, un artefacto, un artefacto con y desde la razón.

De cómo la Arquitectura irrumpe siempre en la Naturaleza y se coloca en ella como un artificio, como un artefacto. Dialogando con la Naturaleza y poniéndola en valor cuando la Arquitectura merece la pena. Pero nunca, jamás, imitándola ni fundiéndose camaleónicamente con ella. La Arquitectura nunca debe copiar miméticamente a la Naturaleza, aunque aprenda de ella y dialogue con ella, aunque a veces se inspire en ella.

Por otra parte, la Arquitectura se construye con materiales procedentes de la Naturaleza. En los tiempos pretéritos, con materias primas tomadas directamente de aquélla, como la piedra o la madera. Posteriormente, con la cerámica o el hierro, fruto de una primera elaboración de elementos que la misma Naturaleza nos da. Y en nuestro tiempo, con materiales que son el resultado de una elaboración más sofisticada de elementos siempre procedentes de la misma Naturaleza. El vidrio transparente plano o el acero tienen su origen en la Naturaleza, pues proceden de la fusión de las arenas o de la transformación de los minerales de las montañas.

Pues esta indisoluble relación de la Arquitectura con la Naturaleza ya sea en su inserción en ella, o ya sea en su transformación, no nos puede llevar nunca a no entender bien que la labor de los arquitectos es la creación de algo artificial.

La Arquitectura no es parte de la Naturaleza, ni siquiera la mejor, la más exquisita. Y menos aún es su reflejo, lo que finalmente llevaría a una burla de la ley de la identidad. Con una libertad estremecedora la Arquitectura se instala en un campo de acción interpretando la Naturaleza.

Estas palabras de Osip Mandelstam en las que hemos cambiado el término Poesía por Arquitectura, parecería que están dichas para muchos de los arquitectos que hoy discurren por el mundo haciendo lo contrario. Si no se habla de naturaleza, o de sostenibilidad, o no se plantan vegetales en los edificios, estos arquitectos que se dicen modernos, no se quedan tranquilos. Se parecen a los dueños de los restaurantes orgánicos que han proliferado en todo el mundo en estos últimos años. Todo lo que no es orgánico, dicen ellos, mata.

La Arquitectura ha sido, es y será siempre artificial. Artefacto, arte hecho. Artificial y artefacto son palabras más que adecuadas para encuadrar aquello de lo que la Arquitectura trata. Hacer algo que es producto de la Razón, del pensamiento del hombre. Y esto es algo muy diferente de lo que la Naturaleza nos propone. Aunque dialoguemos con ella. Aunque amemos profundamente la Naturaleza. Porque toda Arquitectura que se precie establece una relación perfecta con la Naturaleza. Desde la Villa Rotonda de Palladio a la Ville Savoye de Le Corbusier. Pero si esto no les basta

incluiremos en nuestra próxima bibliografía para estos arquitectos el tratado “De rerum natura” de Tito Lucrecio Caro. Pero eso sí, sobre la misma mesa, una imagen del Panteón de Roma.

La Naturaleza tiene sus propias leyes, eternas e ineludibles, que vienen desde la creación del hombre, desde Adán y Eva. Dios les puso en aquel Paraíso, y tras comer de la manzana, construyeron su primera arquitectura con las hojas del árbol con las que se cubrieron. Las tablas de Durero, en el Museo del Prado, son una maravillosa imagen de ese momento. Alguna vez he contado a mis alumnos una historia inventada pero creíble. Que esas hojas y ramas con las que Adán y Eva se cubrieron eran del mismo roble del que, siglos más tarde, el abate Laugier tomará las ramas con las que construir su cabaña primitiva, tal como nos muestra un conocido grabado.

Pero está claro que la cabaña primitiva había sido construida mucho antes. Uno puede incluso pensar que el mismísimo Adán, harto de la cueva que en el primer momento le sirvió de refugio, con una cierta idea nómada de libertad, habría sido el primero en construir una cabaña y elegir el lugar donde vivir. Esa operación tan arquitectónica de la elección del lugar, que no es más que un reflejo de la más alta cualidad humana: la libertad.

El hombre, desde siempre, ha impuesto un cierto orden a la naturaleza. Cuando pasamos junto a grandes extensiones plantadas de olivos o de viñas trazadas a cordel sobre una implacable geometría que se ciñe bien a la topografía, lo que contemplamos es la naturaleza ordenada por el hombre. El mismo orden que el arquitecto establece al trazar racionalmente las ciudades, desde la trama romana, hasta la eficaz retícula de Manhattan.

En ningún caso se puede hablar de destrozar la naturaleza. Muy al contrario, se trata de establecer una relación adecuada, lógica, entre el hombre y la naturaleza de la mano de la razón.

Y también de la mano de la razón, el hombre, el arquitecto, elegirá los materiales adecuados para la construcción de esas primeras arquitecturas. Y lógicamente los materiales saldrán de la propia naturaleza. Serán la misma naturaleza manipulada, transformada. Claro que los materiales que usamos hoy día proceden también de la naturaleza, en este caso más transformada que manipulada.

El hormigón y el acero más sofisticados proceden de la naturaleza. El artificio, la tecnología, no hace más que transformar la naturaleza por mor de la cabeza del hombre, de la razón. Y el vidrio, ese milagroso material que concede la transparencia absoluta y que deja pasar los rayos del sol sin tocarlo ni mancharlo, como un milagro, proviene de la sílice de las arenas de los ríos o de los mares. La misma arena que acaricia nuestros pies desnudos en las playas. Vidrio, acero y hormigón: los tres materiales más modernos, que han hecho posible la Arquitectura contemporánea, proceden, lógicamente, de la naturaleza.

## NATURALEZA

Hay ahora una cierta corriente de arquitectos que quieren entender, vano intento, que Arquitectura y Naturaleza son lo mismo. Y se disfrazan, ellos y su arquitectura, de plantas. Unas veces hacen jardines verticales en las paredes medianeras de los edificios. Otras cubren de plantas las azoteas con lo que llaman “cubiertas vegetales”. Como si no hubiera tierra suficiente en el mundo para plantar. Y otras cubren el edificio por completo de vegetación. Azoteas y paredes y lo que sea, incluso a ellos mismos, como si de un uniforme de camuflaje para una guerra inexistente se tratara. Todo “contra natura”, todo difícil, todo caro, todo con problemas de mantenimiento. Y todo demagógicamente popular.

Si se hojean las revistas de Arquitectura de estos últimos años se verá que están repletas de este tipo de cosas. Y todavía más, la llamarán “arquitectura sostenible”. Sostenible con un esfuerzo económico enorme.

Otra cosa distinta de este forzar la Naturaleza con la pretensión de llamarla arquitectura es el dialogar con ella. Porque ese dialogar con la Naturaleza es lo que siempre ha hecho muy bien la buena Arquitectura.

La Villa Rotonda, empezando por la elección del lugar topográficamente adecuado, hasta sus últimos detalles materiales y formales, es un canto a la Arquitectura en su relación con la Naturaleza: presidiéndola, referenciándola, poniéndola en valor, dialogando con ella.

Y lo mismo se puede decir de la Casa Farnsworth de Mies van der Rohe. La transparencia y continuidad espaciales allí resueltas se plantean por estar precisamente inmersa en un bosque maravilloso que se convierte en protagonista de esa operación. Los pilares equidistantes establecen el orden del espacio aportándole escala y ritmo. Se diría que son casi una abstracción de los árboles de ese bosque, filtrada y racionalizada por el arquitecto. La plataforma elevada a la altura de los ojos, cual si de una balsa se tratara, deja pasar por debajo a la Naturaleza. La absoluta transparencia de sus grandes vidrios hace que la operación sea perfecta. No se le hubiera ocurrido jamás a Mies hacer una cubierta vegetal “para fundirse mejor” con esa Naturaleza circundante.

Luis Barragán levanta la casa Gilardi alrededor de una jacaranda cuyas flores moradas ponen el contrapunto adecuado a las paredes de color rosa, rojo y azul. Sublime. Poniendo en valor la Naturaleza de la manera más lógica y delicada. Tanto, que nos será difícil desligar la imagen de esa casa de la del árbol. Tan integrado está.

Cuando Le Corbusier, sube un árbol a una cubierta, y hace que le hagan una foto que ya nunca pudo destruir, no hace más que mostrar esa tentación naturalista. Visto el resultado, eliminó inmediatamente el árbol de aquella cubierta. Tan “contra natura” era.

Y es que la Naturaleza, el diálogo con ella, ha sido siempre fuente de la Arquitectura. No en vano San Agustín, platónico de pro, decía que “la Naturaleza es la mayor maestra de la verdad”.

## TENSEGRIDAD

Y si discutimos de mecanismos artificiales de la Arquitectura, podríamos detenernos en el fenómeno de la tensegridad, que está siendo aplicado por algunos arquitectos a sus estructuras. En Arquitectura, quizás porque ésta "mira a la Naturaleza y no se mira en la Naturaleza", un fenómeno así no tiene por qué ser siempre aplicado. O como algunos pretenden, ser la salvación desde el punto de vista estructural y formal, de una posible nueva arquitectura. Si no, acabaremos viviendo como Cenicienta, en calabazas, esperando que venga el hada madrina a convertirlas en carrozas.

Debo reconocer que las estructuras tensigríticas son maravillosas. Les recomiendo un libro bien claro sobre Tensegridad de Valentín Gómez Jáuregui. Tras su lectura se entienden a la perfección este tipo de estructuras. Así como el interés de sus posibles aplicaciones en Arquitectura. Pero de ahí a convertirlas en "bálsamo de Fierabrás" va un abismo. ¿Se imaginan ustedes durmiendo en un colchón tensigrítico? Hagan la prueba y luego hablamos.

Comprender a fondo los fenómenos, entenderlos bien, no lleva necesariamente a aplicarlos a todo. Como, todavía más simple, cuando admiramos la estructura plegable, flexible, retráctil y ligera de un paraguas. No se les ocurre a los arquitectos generalizar este tipo de estructura. Porque todo va bien hasta que una ráfaga de viento le da la vuelta a nuestro paraguas y lo rompe. Volvemos a comprar otro, y vuelta a empezar.

Y volveremos a hablar aquí una vez más de lo estereotómico y lo tectónico en Arquitectura. Igual que considerar todo estereotómico nos haría volver a la cueva, convertir todo en tectónico podría llevarnos a acabar como la tortuga, el más lento de los animales, pero eso sí, con la casa a cuestas.

## ESPEJO

Hay un proyecto maravilloso construido por un joven arquitecto paraguayo, Solano Benítez, que es la tumba para su padre, en medio de la selva. Con una intensidad y una fuerza tremendas.

Para ello trabaja con un simple muro de hormigón visto y con un espejo. Nada por aquí, nada por allá. Colocado todo entre los árboles, en un claro del bosque, de tal manera, con tal precisión, que todo desaparece, o parece que desaparece.

Cualquiera diría que ha querido traducir con su arquitectura el epitafio del poeta John Keats: "Aquí yace alguien cuyo nombre fue escrito en el agua". Porque eso es lo que queda, nada o casi nada. O, mejor dicho, casi todo. En medio de la Naturaleza, pero eso sí, todo artificial y bien artificial. Como lo es la arquitectura.

El espejo es producto del ingenio asombrado del hombre. ¿Imaginan ustedes la envidia que sentiría Narciso, que se miraba en el agua del estanque, ante el inventor del primer espejo? La tecnología actual hace posible que, todavía más, los espejos sean perfectos y duraderos.

Y de igual manera con el hormigón, que también es perfectamente controlable. El hormigón que es la materialización de la permanencia. De la eternidad. El espejo que es la materialización de la nada. De la fugacidad. Tempus fugit.

Pues aquí Solano Benítez maneja el muro de hormigón y el paramento de espejo con la misma eficacia con la que lo hacen las palabras en un poema. Y aparece entonces, con ese casi nada, la mejor Arquitectura. ¿No está claro así que la Arquitectura es artefacto, Arte Facto?

## ADENDA

Quizás sea la Casa Gaspar mi obra más difundida. Su imagen más reconocible muestra un patio y una alberca y un limonero enmarcados por unas tapias blancas que entran y salen del interior logrando un espacio muy hermoso. Tras los muros asoman las copas de unos pinos que ponen el contrapunto justo a la escena. Creen algunos entonces que la casa se cierra a una Naturaleza circundante pura. Porque la casa aparece cerrada. Y lo es tanto que cuando escribo sobre ella la llamo "hortus conclusus". La realidad es que la Naturaleza circundante está llena de casitas construidas que no son especialmente acertadas.

La exigencia por parte de la propiedad de una absoluta privacidad llevó a la solución dada con patios cerrados, uno anterior y otro posterior. Con la entrada, con una única puerta central, a través del patio de delante. Y en ambos patios se plantaron dos limoneros lunares. El espacio central de estancia se abre a esos patios por sus costados con grandes ventanales, que hacen que el espacio dentro y fuera sea el mismo.

La casa es emocionante y transmite una gran paz y una gran calma. Pero si se echaran abajo las tapias aparecerían bajo las copas de los pinos aquellas casitas circundantes nada agraciadas, en un paisaje donde la Naturaleza ha sido casi insultada.

En definitiva: lo que hicimos fue artificial, como lo es la Arquitectura misma. Creamos un paisaje interior con un diálogo preciso con la Naturaleza que se ha demostrado eficaz. Claro que no se nos ocurriría proponer esta tipología en un paisaje abierto de horizonte lejano, como hemos planteado en otras casas.

Y de la misma manera que en la Casa Gaspar, en el proyecto para la ciudad de Zamora hemos desarrollado estrategias parecidas. Frente a la catedral, un edificio en piedra testimonio de su tiempo, decidimos responder con un lenguaje conocido aunque con composición diversa.

Hemos levantado una gran caja de piedra abierta al cielo, fuerte, rotunda, con sillería de grandes dimensiones. Creamos así un paisaje artificial intramuros. Artificial y hermoso. Y tras esos grandes muros, construimos una caja transparente con los mayores vidrios que permite la tecnología actual. Y a través de algunos grandes huecos, estratégicamente perforados en los muros de piedra, ponemos en valor el paisaje circundante, en este caso la ciudad en torno a la Catedral.

Claro que la Arquitectura que hemos hecho allí, el “hortus conclusus”, es artificial. Y no lo será menos cuando en ese patio crezcan los grandes árboles que hemos plantado. Como lo hicieron los limoneros de la Casa Gaspar.

Con ese mismo espíritu construimos en su día el Centro BIT de Mallorca o la reciente Casa Moliner en Zaragoza. Frente a un entorno inadecuado, creamos un paisaje artificial nuevo.

Como un amigo mío, buen arquitecto y mejor observador, me dijo: “¿te has dado cuenta de que en todas estas obras tuyas que tú llamas artefactos, dentro de las cajas abiertas al cielo, en todas, has plantado árboles?” Tiene razón: en el Centro BIT de Mallorca y en la Casa Guerrero y en el patio de atrás de Caja Granada, planté naranjos. En la Casa Gaspar, limoneros. En la Casa Moliner parras, jazmines y abedules. Y en Zamora grandes castaños, tilos, arces y cipreses.

Arquitectura y naturaleza se llevan más que bien, dialogan, pero nunca se fundirán ni se confundirán. Sería no haber entendido nada.